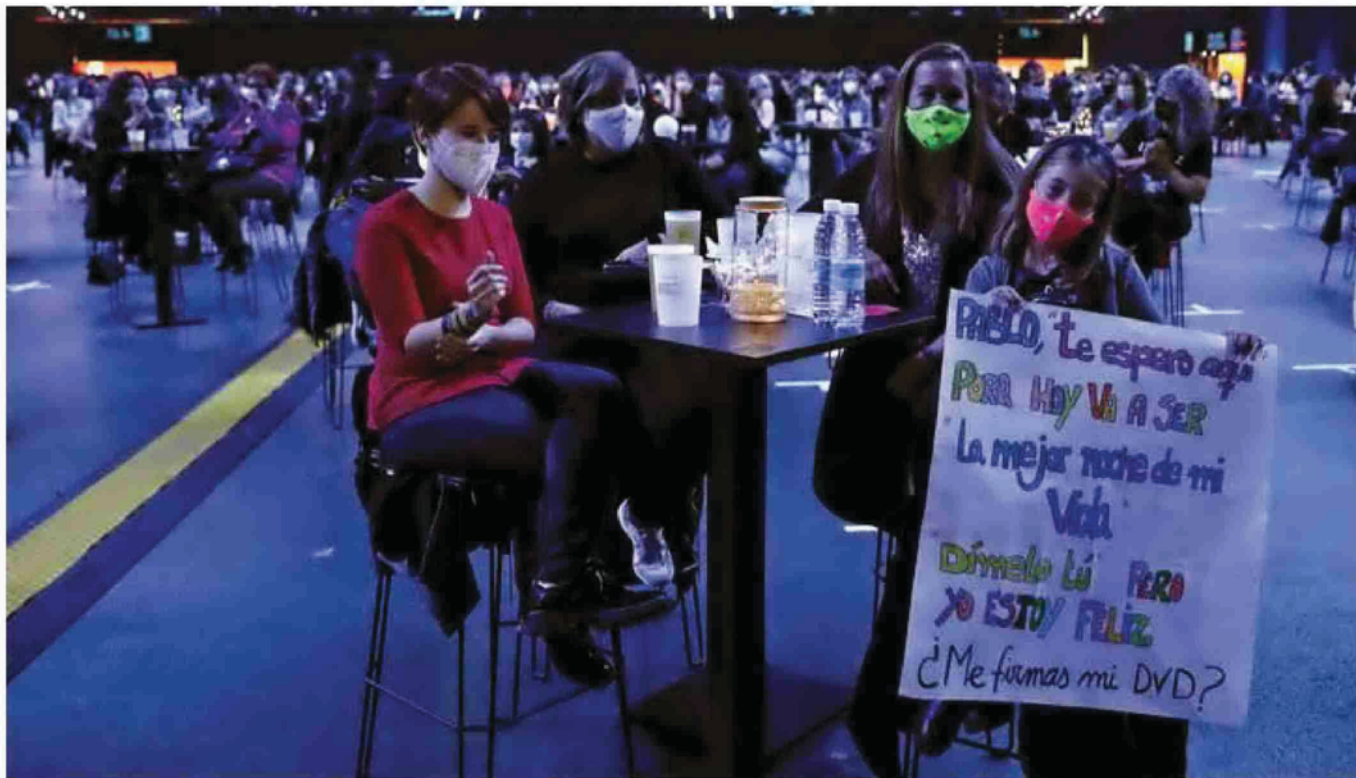


d2

Al teatro y de concierto en tiempos de la covid



ATENCIÓN EN MESA EN EL NAVARRA ARENA

Durante los conciertos del ANAIM Club Fest que se han celebrado en el Navarra Arena, la pista se ha llenado de mesas y sillas altas

preasignadas para distribuir al público y garantizar las distancias de seguridad. No hay servicio de barras, sino que se lleva a la ubi-

cación de los asistentes. En la imagen, un grupo de mujeres disfrutaron del concierto de Pablo López del pasado sábado. J.C. CORDOVILLA

Las medidas de seguridad establecidas en Baluarte para los espectáculos de la sala principal dotan a la experiencia de asistir a un concierto de música clásica de una pátina ligeramente aeroportuaria

La experiencia casi aérea de Baluarte

FERNANDO HERNÁNDEZ
Pamplona

La apertura el sábado de la temporada de la Fundación Baluarte, con el concierto de la orquesta Le concert de la Loge y un grupo de solistas encabezados por Phillippe Jaroussky, proporcionó a los espectadores no solo una experiencia cultural, sino otra que se aproximaba a lo que ocurre en los viajes en avión.

El auditorio abre más puertas de las que son habituales, y la entrada ya advierte por dónde hay que acceder al Baluarte. Al llegar, y todavía en el exterior, se comprueba la entrada, antes el único trámite importante. De ahí, una cola en la que se sigue un circuito levemente aeroportuario: empapar los zapatos, secarlos, echarse gel hidroalcohólico en las manos, secarlas. En las mesas donde habitualmente estarían los programas impresos, un código QR invita a descargárselos de la web de Baluarte. Por cierto, un PDF no es el for-

mato más cómodo a la hora de consultarlo desde un teléfono móvil. A continuación, un número de acomodadores mayor del habitual conduce a los espectadores a sus localidades, marcadas en grupos de una, dos o hasta tres butacas y separadas unas de otras por asientos vetados por una cinta negra que proclama que no están disponibles.

Cada cuatro minutos, una grabación en castellano y euskeru repite unos mensajes que refuerzan la sensación de que estamos en un avión a punto de despegar: "deseamos que disfruten con seguridad", "lleven la mascarilla correctamente colocada", "permanezcan en sus asientos" (como si en donde se muestran los subtítulos fuera a aparecer una señal para abrocharse el cinturón de seguridad); al terminar el espectáculo "esperen en sus asientos y sigan las indicaciones del personal de sala" para "una evacuación escalonada segura" (y uno espera que le muestren las salidas de emergencia, por si un terremoto



Los solistas del concierto 'Viva Vivaldi' saludan al público. BALUARTE

nos obligara a abandonar el auditorio).

Poco a poco, el patio de butacas y el palco se van llenando. No es fácil calcular si se alcanza el 60% del aforo máximo que permiten las autoridades, y si las butacas que quedan vacías en mitad de la sala (alguna, s muy

buenas localidades) pertenecen a abonados que decidieron no asistir al concierto.

En el escenario, al espectador le parecen que los veinte atriles de la orquesta están demasiado juntos; en la calle, una reunión así habría llamado la atención inmediata de las policías. Por

fin, suenan las advertencias habituales de Baluarte para anunciar el comienzo del espectáculo y prevenirnos contra las alarmas de los móviles y contra la tentación de grabar o fotografiar el concierto. Los instrumentistas llegan enmascarados a sus posiciones, pero ahí todos, cuerdas, tiorba, clave, y por supuesto, vientos se quitan la protección. Los cuatro cantantes, claro, ni siquiera la llevan cuando van entrando en el escenario.

Durante el concierto, el patio de butacas, habitualmente ruidoso en el Baluarte, está más callado. Las mascarillas dificultan, pero no impiden, que algunos asistentes chupen caramelos y, sobre todo, los desenvuelvan; hay menos conversaciones entre espectadores, y, milagrosamente, han desaparecido casi por completo las toses. Tal vez nadie quiera alarmar a sus compañeros de asiento.

En el momento en que se pueden predecir que el programa está a punto de terminar, una docena larga de jóvenes uniforma-

Con la pandemia han surgido nuevos rituales a la hora de ir a unos teatros semivacíos; aunque a algunos asistentes todavía les sorprenden las normas, la mayoría las cumple y no hay contratiempos

Un nuevo ritual en el Gayarre

P. DEALBERT Pamplona

Una asignación de asientos a mano en el momento de entrar a la ENT

La Escuela Navarra de Teatro por lo general, cuenta el periodista y crítico teatral Víctor Iriarte, no vende entradas numeradas. Pero ahora, para garantizar la distancia de seguridad, el centro ha optado por una asignación manual; al final del único pasillo de entrada, el espectador se topa con un tablón con un plano del patio de butacas y del graderío. En el sitio que corresponde a cada localidad hay una pieza de papel con el número de fila y asiento. Así, quienes acuden juntos seleccionan allí mismo dónde quieren ver la obra. Podrán estar cerca, pero no "codo con codo" porque hay siempre una butaca o dos de distancia, además de las mesitas con lámparas. Al terminar el espectáculo, el público del patio puede salir por dos accesos y el de la zona superior, por otro.

dos con los colores negro y naranja de Baluarte toman posiciones en todos los pasillos del auditorio para impedir que la evacuación, como la ha llamado antes la grabación, sea desordenada. Esta vez no se produce la pequeña desbandada con la que terminan los conciertos en Baluarte, donde siempre hay una veintena de personas con mucha prisa a la hora de abandonar el auditorio. Será que la función ha terminado pronto, a las nueve y media, o que nadie quiere enfrentarse a la autoridad que encarnan los veinteañeros de los pasillos.

Mientras, en el escenario, los cuatro solistas y el director intervienen en castellano para anunciar las propinas, contar que están "muy contentos de abrir la temporada" del Baluarte en "tiempos muy especiales" y agradecer al público "su presencia que apoya la música y la ópera no solo en España sino en toda Europa".

Cuando el concierto ha terminado, una nueva grabación insta a los espectadores a seguir sentados y atender a las indicaciones del personal de sala, y el público le hace más caso que a la que anuncia en un avión que debemos continuar en nuestros asientos y no levantarnos hasta que hayamos llegado a la terminal. Poco a poco, nos van dando salida, a unos por la zona alta, a otros por las puertas situadas junto al escenario. Siempre hay quien intenta adelantarse, pero la salida es ordenada, aunque en el vestíbulo se juntan durante unos segundos los flujos de gente de diferentes localidades que buscan la puerta que conduce a una noche fría, aunque no lluviosa.

Cuando en el Teatro Gayarre hay obra, se nota. Aunque ya no se ve gente agolpada, aguardando para entrar en la cola. Unas vallas anaranjadas escoltan los primeros pasos desde la calle hasta la puerta principal del edificio, una forma de dirigir al público hacia la alfombra desinfectante que se extiende en el zaguán. Es un día laboral y, poco antes de las ocho menos veinte, apenas entra gente. Una pareja joven entra por el camino marcado. Ella saca el teléfono móvil, con el que muestra las localidades que han adquirido. Un minuto más tarde, les sucede otra pareja cerca de la treintena que sigue el mismo ritual: se encaminan por el improvisado pasillo, se detienen un instante a leer lo que está escrito en el tapete y deslizan las suelas de los zapatos en el mismo antes de acercarse al dispensador automático de gel hidroalcohólico. Luego se deciden por una de las puertas que dan al vestíbulo, en este caso la de la izquierda, en la que una joven trabajadora valida las localidades. Aún en este proceso, entran dos mujeres, una en silla de ruedas, y se dirigen por la rampa al ascensor. Son las únicas que lo usan.

Faltan 15 minutos para que empiece la obra de teatro. Un matrimonio de mediana edad se acerca sin prisa con un niño que no debe de tener más de 13 años. La que parece ser la madre, también saca el móvil. Un gesto que repiten casi todos los asistentes, salvo algunas parejas de edad

más avanzada, que al llegar junto a las empleadas muestran las entradas impresas.

Hacia las ocho menos diez, de manera puntual —y efímera—, se junta una decena de personas. Una familia, una mujer y un grupo de amigas entradas en años. La que va sola se preocupa por mantener la distancia mientras espera a que los que van delante de ella pasen por el dispensador.

Al entrar al vestíbulo, sorprenden encontrar espectadores que todavía no ha pasado a la sala; al parecer muchos esperan a que sus acompañantes salgan del baño. Hay más gel hidroalcohólico a disposición de los usuarios. A punto de cruzar la última puerta que lo separa del patio de butacas, un hombre de en torno a los 60 se encuentra con un conocido y se saludan con el metro y medio de rigor entre ellos.

Otra empleada aguarda junto a la puerta de acceso al patio de butacas. Como sus compañeras, lleva una mascarilla tipo FFP2. Acomoda a los espectadores para guiarlos por la ruta más corta; es inevitable pasar a escasos centímetros de otros asistentes si se quiere pasar al centro de la fila y ya hay personas sentadas.

Quedan cinco minutos para que comience la función y las butacas se van ocupando. La localidad que ha comprado el periódico, en la octava fila par, se pierde entre asientos vacíos. Tres a cada lado están cubiertos por una cinta para impedir su uso. En la misma hilera, hacia el centro de la sala, está la familia con el preadolescente: el hombre, un hueco, la mujer y el chico, que no se despe-

ga de la pantalla del móvil hasta que se anuncia el inicio del espectáculo. A la izquierda del chaval aún hay otro asiento bloqueado, y en el extremo se sienta un hombre de edad avanzada.

Enfrente, toda la fila 7 está prohibida. "Para mantener las distancias también en diagonal", responde una de las trabajadoras a la señora que se interesa por el espacio disponible. Tampoco se pueden coger entradas para la fila 12 por esa misma razón que esgrime la acomodadora.

La 'nueva normalidad' en los teatros cubiertos no es tal para todos. En la sexta hilera de butacas, un grupo de veinteañeros empieza a buscar sus localidades. Como las agrupaciones de asientos están prediseñadas, no les queda sino separarse de dos en dos. Una de las chicas pregunta en voz alta el motivo antes de leer el texto impreso en las cintas que cubren los asientos vacíos: "Por favor, no utilice esta butaca". Suelta un largo "ah" y se deja caer al lado de un amigo.

Un doble aviso

Los espectadores, después de situarse, comienzan a reparar en que hay un grupo de personas ya sentado sobre unas sillas a los lados del escenario. Lluís Febrer, el actor que sostiene el peso del monólogo, sale al centro. Y cuando, después de unos largos minutos el murmullo empieza a acallarse, una grabación da la bienvenida al público por los altavoces. Los que aseguran ser Antonio de la Torre, Carmen Machi, Miguel Rellán y Aitana Sán-

chez-Gijón recuerdan de modo coral, alternando las frases, las medidas de seguridad: la consabida distancia, usar la mascarilla durante toda la función o salir de forma ordenada. De forma seguida, se emite un mensaje similar de la producción de la obra, que menciona, además, que los espacios culturales son seguros.

El intérprete capta la atención del público y se apodera del texto, autoría de Daniel J. Meyer, entre bailes y paseos con patinete por el escenario. Poco a poco, el patio de butacas y el puñado de asistentes que se encuentran en el palco se sumerge en el ambiente de A.K.A. (*Also Known As*), una obra que transcurre en buena parte con la sala bastante iluminada.

Con esas filas desocupadas por completo, el teatro desprendería una sensación un poco desangrada. Con las gracias que suelta el protagonista, se pueden percibir algunas carcajadas, quizá un poco ahogadas por la tela. Al parecer, la mayoría de los asistentes se olvida de la mascarilla y se centra en la obra, apenas se las tocan. Tan solo un chico del grupo de veinteañeros se la baja hasta que asoma la nariz.

Cuando el actor abandona el escenario hora y cuarto después, y tras varios minutos de aplausos, las acomodadoras salen al paso para frenar a los espectadores más apresurados y pedir que aguarden. El patio de butacas escucha en silencio las indicaciones para dejar la sala de forma escalonada: primero de los extremos, hacia las calles Duque de Ahumada y Cortes de Navarra, y luego los del centro.



Lluís Febrer interpretó en 'A.K.A. (Also known as)' a Carlos, un adolescente adoptado con rasgos árabes, el jueves pasado en Teatro Gayarre. CALLEJA